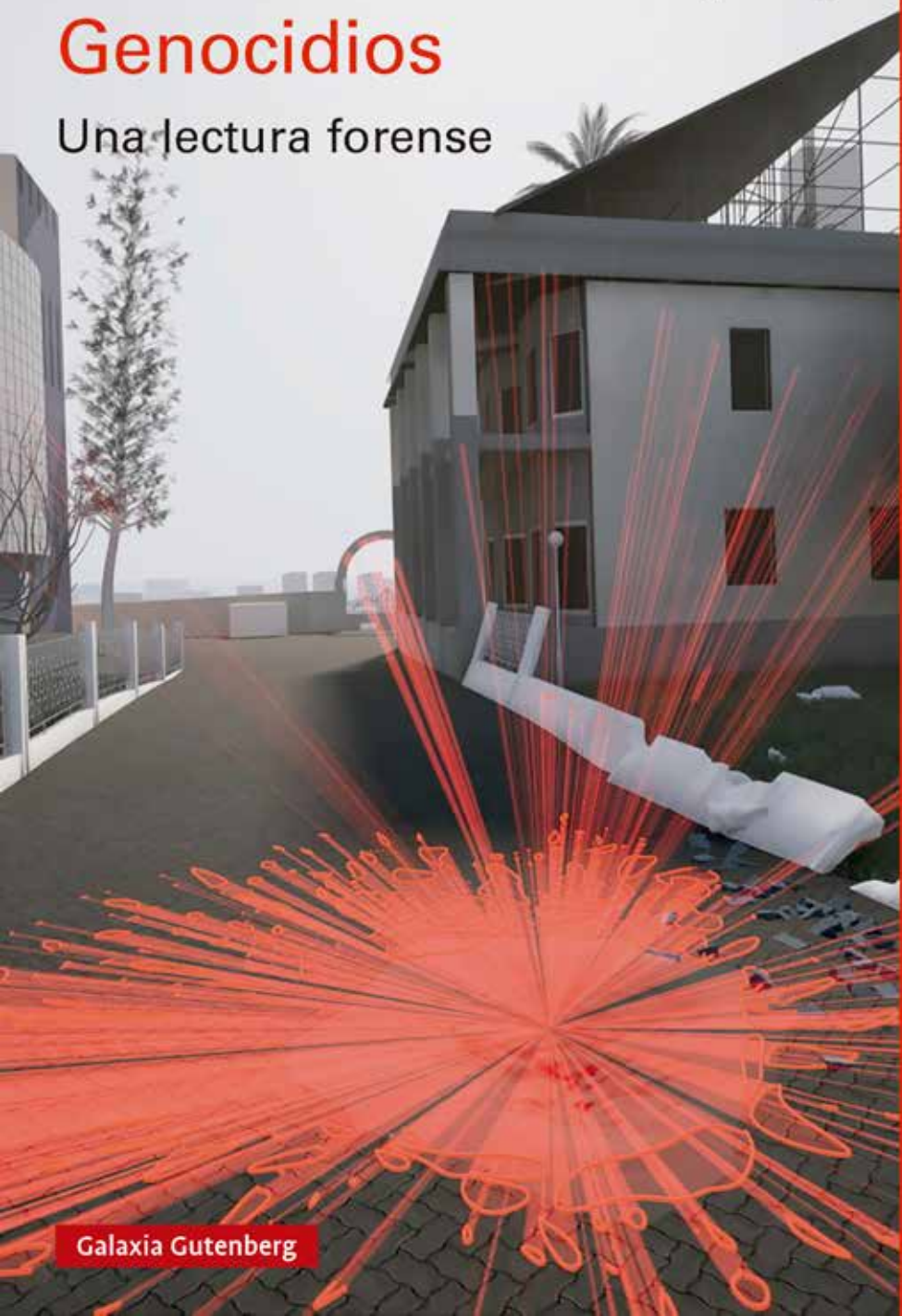
Júlia Nueno Guitart (ed.)

Genocidios

Una lectura forense



Galaxia Gutenberg

Júlia Nueno Guitart (ed.)

Genocidios

Una lectura forense

Traducción de
Teresa Bailach

Galaxia Gutenberg

Traducción del inglés: Teresa Bailach Arrate

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2025

© de la selección y el prólogo: Júlia Nueno Guitart, 2025
© de los textos: los autores, 2025
© de la traducción: Teresa Bailach Arrate, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 15762-2025
ISBN: 979-13-87605-25-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Prólogo, *por Júlia Nueno Guitart* 9

1. Tres genocidios, *por Eyal Weizman* 27
2. La Nakba como marco legal, *por Rabea Eghbariah y Joshua Abramson Cohen* 43
3. Profundidad desconocida: la arqueología de la resistencia, *por Dima Srouji* 59
4. Cartografía del genocidio, *por Forensic Architecture* 71
5. La continuidad ambiental del genocidio en Namibia, *por Agata Nguyen Chuong / Forensic Architecture* 97
6. Patrones de vida: una muy breve historia de los cuerpos esquemáticos, *por Grégoire Chamayou* 113
7. Tecnología del *apartheid*: la implementación y expansión de la identificación biométrica y de tecnologías de vigilancia en la Cisjordania ocupada, *por Marwa Fatafta* 143
8. La fábrica de objetivos, *por Júlia Nueno Guitart* 155

Procedencia de los textos 171
Biografías de los autores 173

Prólogo

Hasta no hace mucho, la censura se manifestaba como una ausencia. El final abrupto de una película, un libro retirado misteriosamente de las estanterías, un doblaje con huecos inexplicables en el guion o una canción que solo suena en cintas piratas. Son actos de borrado que, con un mismo gesto, señalan de manera inevitable quién tiene la autoridad para decidir qué debe ser silenciado. Este tipo de censura pertenece, aún en muchos lugares, a un mundo de medios centralizados, donde unos pocos actores, gobiernos, grandes corporaciones o instituciones culturales, deciden qué puede circular en el espacio público y qué debe ser erradicado. Sin embargo, en la era digital, la censura rara vez se manifiesta como un vacío. En su lugar, prolifera como un exceso. Los arquitectos de las redes sociales –los profetas de Palo Alto que abanderan «la libertad de expresión absoluta»– han ideado una censura que no suprime voces; más bien las multiplica hasta volverlas indistinguibles. La continuidad entre noticias y bulos virales, entre opiniones y discurso de odio, entre publicidad personalizada y propaganda emocional, genera una disonancia cognitiva permanente. Hoy, hay tanto contenido que no sabemos por dónde empezar, qué merece nuestra atención, qué es real y qué nos deja más confundidos.

El estratega político Steve Bannon lo dijo sin eufemismos: *flood the zone with shit*. Inundar el terreno de mierda. Convertir la esfera pública en un lodazal donde cada intento de crítica se hunde antes siquiera de articularse. El teórico cultural Mark Fisher lo advirtió, retomando a Nietzsche, quien hablaba de la sobresaturación de la historia como un peso que ahoga la acción.[1] El exceso nos arrastra primero hacia la ironía, luego hacia el cinismo, y finalmente, hacia la renuncia: la conciencia de que algo va muy mal, pero también la sensación de que nada puede hacerse. Pocos ejemplos muestran esta lógica con tanta crudeza como el genocidio en Gaza, con 60.200 muertos, cientos de miles de desplazados y un territorio totalmente arrasado.[2] En el torrente de contenido que inunda las redes sociales –memes, clips, titulares contradictorios, indignaciones fugaces, imágenes generadas– la masacre corre el riesgo de volverse una más entre muchas realidades desplazadas por el *scroll* infinito. La avalancha de contenido genera un efecto de insensibilización progresiva. En este sentido, las redes sociales no actúan solo como canales para compartir contenido, sino también como plataformas que facilitan ciertas prácticas de poder, como la desinformación o la saturación, y que entorpecen otras, como el pensamiento crítico o la capacidad de actuar.

¿Cómo enfrentamos la constante presión de afirmar una realidad innegable, pero anulada por un caudal de discursos fragmentados?

1. Mark Fisher, *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* (Caja Negra, 2016): «Algunas de las páginas más anticipatorias de Nietzsche son aquellas en las que describe "la sobresaturación de historia de una cierta época", que puede llevarla a "ejercer una peligrosa ironía consigo misma", como escribió en las *Meditaciones intempestivas*, "y finalmente al cinismo, más peligroso todavía". El cinismo, el "seftalamiento cosmopolita", que no es más que una forma descomprometida de espectaculares, reemplaza el involucramiento y el compromiso. Esta es la condición del Hombre Superior de Nietzsche, aquel que ya ha visto todo pero se encuentra debilitado justamente por este decadente exceso de (auto)conciencia» (p. 28).

2. Cifra a 9 de julio de 2025, según Ministerio de Sanidad de Gaza.

Esta colección de ensayos investiga el papel fundamental de las tecnologías digitales en la reproducción y amplificación de la violencia, al tiempo que explora su potencial para recuperar nuestra capacidad de interpretar y actuar. Desde octubre de 2023, he colaborado con la agencia Forensic Architecture documentando la conducta militar de Israel en Gaza; a partir de marzo de 2024, ese trabajo pasó a integrarse como material probatorio en apoyo al equipo legal que representa a Sudáfrica en el caso *Aplicación de la Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio en la Franja de Gaza (Sudáfrica contra Israel)* ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ). En este proceso, he visto de primera mano cómo la desinformación y la manipulación de imágenes distorsionan la realidad, pero también he comprobado que, con rigor analítico, es posible reconstruir la verdad con contenido fragmentado. Es desde esta experiencia que me sitúo como editora de esta antología. Si las redes sociales funcionan como base operativa para la desinformación, ¿es posible reproponerlas para reconstruir el sentido y la capacidad crítica? En sus reflexiones sobre el juicio a Eichmann, Hannah Arendt advirtió que es precisamente allí donde el pensamiento vacila, cuando no hay palabras para describir lo ocurrido, que debemos persistir y dar un giro a nuestras formas de pensar.3 Frente a las atrocidades en Gaza, y otras formas de violencia sistémica, las plataformas digitales son espacios de afectos virales, pero también contraarchivos y herramientas para construir narrativas desde abajo.

La recopilación y presentación de evidencia para el caso de Sudáfrica contra Israel forma parte del esfuerzo colectivo de Forensic Architecture, una agencia con sede en Goldsmiths, Universidad de Londres, dedicada a investigar actos de violencia perpetrados por estados, corporaciones y fuerzas reaccionarias. La arquitectura forense es una metodología interdisciplinaria que combina herramientas del diseño arquitectónico, el análisis espacial y la

3. Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 2019.

tecnología, para reconstruir lo que ocurre en los lugares donde el poder actúa con impunidad. Mediante el uso de imágenes satelitales, modelos 3D, testimonios, contenido de redes sociales y metodologías experimentales, un equipo formado por arquitectos, periodistas, ingenieros y abogados investigamos cómo la violencia impacta las ciudades y la vida de las personas. En esencia, se trata de una forma de arquitectura que no se limita a estudiar edificios, sino que lee el territorio como testigo, trazando las relaciones de poder que se inscriben en el espacio mismo. En algunos casos, los hallazgos de estas investigaciones se presentan como pruebas en procesos legales y de justicia internacional. No obstante, la ambición del trabajo va más allá de lo legal: cuestiona cómo el Estado construye su verdad y promueve un entendimiento de justicia que apela a la preservación de lo público como ámbito de acción. En un mundo donde las redes sociales funcionan como plataformas para la apatía y la erosión, la arquitectura forense propone una alternativa: utilizar el flujo incansable de contenido digital para reconstruir los hechos fragmentados y devolver visibilidad a lo que queda ocultado por el poder. Así, las tecnologías digitales no son solo medios de representación, son también herramientas de escucha y recomposición.

En diciembre de 2023, utilizando contenido recopilado en redes sociales, publicamos una investigación que expone el ataque sistemático contra la infraestructura médica en Gaza. A partir de imágenes satelitales y material disponible en internet reconstruimos un modelo 3D del hospital de Al-Shifa. Sincronizamos cientos de fotografías y vídeos, provenientes de redes sociales de Instagram, Telegram o X capturados en el recinto, recreando la óptica de la cámara desde la cual se capturó la imagen. Los modelos digitales permiten calibrar sombras, cartografiar el movimiento de las nubes para determinar la hora exacta de las capturas. En este sentido, son modelos operativos, parafraseando el concepto de «imágenes operativas» del cineasta Harun Farocki. Más que representar, «actúan» en el mundo, sirviendo como medios para construir pruebas y verificar hechos. Repetimos el mismo proceso para un segundo hospital,

identificando en ambos casos la misma secuencia de ataques: primero ambulancias y generadores eléctricos, luego órdenes de evacuación, ataques a las inmediaciones, asedio y, finalmente, invasión. Al analizar miles de mensajes acerca de los eventos en otros hospitales en el norte de Gaza, confirmamos que, a mediados de diciembre, los ataques israelíes seguían patrones similares, dejando 16 de 17 centros médicos fuera de servicio. Estas tácticas se repetirían durante la invasión de Jan Yunis, entre enero y marzo de 2024, y en Rafah, entre mayo y junio de 2024.

La investigación de Forensic Architecture sobre la conducta militar de Israel en Gaza presentada meses después a la CIJ indica una campaña sistemática y organizada para destruir la vida, las condiciones necesarias e infraestructuras que la sostienen, como demuestra el ejemplo del ataque repetido a hospitales. Estos hallazgos se recogen en el ensayo visual «Cartografía del genocidio», incluido en esta antología, donde una serie de mapas exponen el diseño estratégico del espacio en Gaza para el desplazamiento y control de la población, así como los patrones de destrucción de la agricultura, los recursos hídricos, la infraestructura médica, civil y de ayuda humanitaria. Un patrón surge cuando incidentes idénticos, similares o relacionados se repiten en distintos momentos y lugares, lo que sugiere que estos ataques responden a un diseño estructurado, ya sea formal o informal, y no son eventos aislados o aleatorios. Los hallazgos de la investigación en Gaza se alinean con la definición de genocidio desarrollada por el jurista judío-polaco Raphael Lemkin, cuyo pensamiento en torno a este término fue decisivo para la definición formulada en el artículo II de la Convención de Genocidio de 1948. Lemkin planteó el genocidio como «un plan coordinado de diferentes acciones dirigidas a la destrucción de los fundamentos esenciales de la vida de los grupos nacionales, con el objetivo de aniquilar a los propios grupos».[4] Los patrones militares de Israel en Gaza reflejan esta definición, ya que no solo destruyen vidas, sino

4. Raphael Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe*, Nueva York, Carnegie Endowment for International Peace, 1944.

que también están diseñados para desmantelar las estructuras que permiten sostener la vida de la población palestina.

El término genocidio fue precisamente acuñado por Lemkin en 1944.[5] En su obra publicada, pero sobre todo en su obra inédita, Lemkin esperaba que su noción de genocidio pudiera utilizarse para interpretar episodios pasados de destrucción de grupos mediante la apropiación de tierras, la importación de enfermedades, el secuestro de mujeres y niños, y otras formas de eliminar los fundamentos mismos de la vida en grupo.[6] Aunque el genocidio se entiende generalmente como sinónimo del Holocausto de los judíos europeos, es decir, como el intento de exterminar físicamente a un grupo, Lemkin definió el término de forma mucho más amplia como la «desintegración sistemática de las instituciones políticas y sociales, de la cultura, el idioma, los sentimientos nacionales, la religión y la existencia económica» de un grupo específico.[7] Además, Lemkin entendía los genocidios como procesos y distinguía entre dos fases: «Una, destrucción del patrón nacional del grupo oprimido; la otra, imposición del patrón nacional del opresor».[8] Esta definición era también una forma de caracterizar los casos de genocidio a largo plazo del colonialismo europeo. Sin embargo, la Convención de Genocidio (1948) limitó la definición a la destrucción física de grupos nacionales, étnicos, raciales o religiosos, sin incluir explícitamente la opresión y el desplazamiento forzado característicos del colonialismo. Con esta omisión, las potencias de la época que habían participado en masacres y exterminios coloniales evitaron rendir cuentas bajo el marco legal internacional.

El arquitecto Eyal Weizman profundiza este argumento en su texto «Tres genocidios», recogido en este libro. El 12 de enero de 2024, durante la audiencia pública para la aplicación de medidas

5. Ibid.

6. Dirk Moses, *Empire, Colony, Genocide. Conquest, Occupation, and Subaltern Resistance in World History*, Nueva York, Berghan, 2008.

7. Lemkin, *op. cit.*

8. Ibid.

provisionales solicitadas por Sudáfrica en la CIJ, Alemania anunció que intervendría como «tercera parte» a favor de Israel. Los funcionarios alemanes, apelando a su responsabilidad histórica por el Holocausto, argumentaron que las acusaciones de genocidio contra Israel «carecían de fundamento» y eran un intento de politizar la convención. La fecha de la intervención alemana, explica Weizman, coincide con el centésimo vigésimo aniversario de los eventos que desataron el primer genocidio del siglo XX. En 1904, el ejército colonial alemán, la Schutztruppe, inició una brutal campaña de exterminio contra las poblaciones indígenas en lo que entonces era el suroeste del África alemana, hoy Namibia. Los objetivos de esta campaña fueron decenas de miles de indígenas ovahereros y de namas. Los supervivientes fueron trasladados a un campo de concentración y sometidos a trabajos forzados, hambre y torturas. Sin embargo, mucho antes de la orden oficial de exterminio, miles de ovahereros y de namas ya habían sido desplazados hacia zonas áridas y sus tierras habían sido confiscadas por colonos alemanes. Hoy el legado de esa expropiación persiste: el 70% de las tierras agrícolas de Namibia están concentradas en manos del 0,5% de la población blanca descendiente de los colonos alemanes.

Algunas de las tácticas empleadas por la Schutztruppe, como el traslado de prisioneros en camiones de ganado, el confinamiento en campos de concentración y el trabajo forzado, reflejan una lógica de deshumanización que se repite a lo largo del tiempo, desde el genocidio en Namibia pasando por el Holocausto y hasta el caso de Palestina. Por otro lado, las tácticas desplegadas durante la colonización de Namibia, que preceden a la orden de exterminio de los namas y ovahereros emitida en 1904 por Alemania, encuentran una continuidad en la colonización de Palestina. En 1948, tras la creación del Estado de Israel, 750.000 palestinos fueron expulsados de sus tierras y 530 aldeas fueron destruidas, lo que en la memoria colectiva palestina se denomina como La Nakba, en árabe «catástrofe».[9]

9. Khalidi, Walid, *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington DC, Institute for Palestine

En la colonización de Namibia, el desplazamiento forzado hacia zonas áridas, la apropiación de tierras y la creación de asentamientos en tierras previamente habitadas por población indígena también fueron prácticas sistemáticas. Bajo esta luz, el genocidio no es un evento excepcional, sino la consecuencia directa de una violencia colonial que se construye sobre la apropiación y el desplazamiento de personas, y que culmina en su exterminio, parcial o total.

El ensayo visual de Agata Nguyen Chuong, basado en la investigación de Forensic Architecture, aborda el genocidio de los ovaherero y los namas como un proceso que comenzó antes de 1904 y que continúa después de 1908. A través de testimonios de descendientes de los supervivientes, el proyecto reconstruye el entorno previo a la colonización alemana, un paisaje donde estos pueblos ganaderos dependían de pastos y agua para sostener sus rebaños. Con la llegada de los colonos, el acceso a estos recursos fue negado mediante desplazamientos forzados, desposesión de tierras y envenenamiento de pozos. El genocidio, en Namibia, no se limita a los eventos de 1904-1908; ha evolucionado de una estructura colonial estatal a otra perpetuada por intereses privados, que se evidencia por la concentración de tierras en manos de descendientes de colonos. Un siglo de agricultura intensiva ha acelerado la desertificación de la sabana y la degradación del territorio. En este caso, el arma del genocidio sigue operativa: la degradación ambiental y la pérdida de tierras fértiles son hoy formas de violencia que persisten, que desplazan a los descendientes de los namas y los ovaherero una y otra vez. La reconstrucción digital del entorno previo a la colonización es una manera de respaldar las demandas de

---

Studies, 1992. Primer estudio exhaustivo sobre 418 aldeas palestinas despobladas y destruidas en 1948; excluye comunidades beduinas del Naqab, que Khalidi estima en 70.000-100.000 desplazados. Abu Sitta, Salman, *The Atlas of Palestine, 1917-1966*, Londres, Palestine Land Society, 2004. El estudio de Abu Sitta añade más de cien aldeas al recuento, alcanzando 530 aldeas.

restitución y justicia de los descendientes de los supervivientes. Aunque la transformación del entorno es irreversible, este ejercicio de memoria espacial obliga a reconocer la violencia colonial y refuerza las luchas actuales por la recuperación de tierras.

Frente a la necesidad de abordar crímenes presentes y pasados, surgen dos propuestas clave para incidir en el derecho internacional. La primera, como muestran Weizman y Nguyen, consiste en revisitar la definición de genocidio a la luz de los procesos históricos de colonialismo que han sido excluidos. La segunda propuesta de esta antología, articulada por el jurista palestino Rabea Eghbariah, en diálogo con Joshua Abramson, plantea expandir el derecho internacional desde la experiencia palestina. Para Eghbariah, La Nakba no es solo un evento histórico –el desplazamiento forzado de 750.000 palestinos en 1948–, sino un régimen político y jurídico que persiste hoy en día. Es una estructura que fractura el territorio y niega la autodeterminación. Eghbariah propone el reconocimiento de La Nakba en el marco legal internacional, de manera similar a cómo se reconoce el genocidio o el *apartheid*. La Nakba es un proceso continuo que incluye prácticas genocidas, como el exterminio y destrucción de las condiciones de vida en Gaza, y de *apartheid*, como regímenes legales diferenciados basados en la discriminación racial. Sin embargo, solo La Nakba entendida como proceso, con el desplazamiento como momento fundacional y su continuidad a través de la fragmentación geográfica, el control de Israel sobre los recursos naturales en Palestina, los asentamientos ilegales en Cisjordania, el bloqueo de Gaza y el sistema de permisos que restringe el movimiento palestino, recoge la totalidad de la condición palestina. Reconocer La Nakba como un crimen que continúa hoy día sería, en este sentido, una forma de integrar la experiencia palestina en el marco legal internacional, reflejando su historia y su presente.

El espacio y la arquitectura, al igual que la ley, dependen de marcos de referencia colectivos que les otorgan sentido y legitimidad. Esos marcos se construyen a través de las técnicas y herramientas utilizadas para diseñar el espacio, que influyen en la manera en que

lo comprendemos y lo habitamos. En «Profundidad desconocida», la arquitecta Dima Srouji explora cómo el suelo y el subsuelo en Gaza preservan la memoria de una identidad que persiste a pesar de la adversidad. En la arqueología moderna, el tiempo se concibe de manera vertical, dividiéndose en capas o estratos del suelo. Cada capa refleja un periodo específico, acumulando huellas de eventos pasados. En este corte transversal, conocido como la ley de superposición en arqueología y geología, el tiempo es leído de forma lineal, capa sobre capa. Esta forma de organización temporal está estrechamente ligada a los procesos de colonización. La excavación y jerarquización del pasado han servido para imponer narrativas históricas dominantes. Srouji señala que, en contraposición, el suelo de Gaza ofrece una lectura fragmentada de la historia palestina. La destrucción repetida del territorio a lo largo de las décadas arrasa con la superficie y desentierra, dispersa y fragmenta lo que antes estaba sedimentado. Así, el suelo deja de ser un archivo estratificado, un espacio que acumula linealmente, para convertirse en un campo de fuerzas en constante transformación. En este espacio que alterna ruina y reconstrucción, la verticalidad del tiempo se quiebra, y la memoria y la identidad requieren nuevos entendimientos.

Un desarrollo tecnológico reciente, la fotografía satelital, permite explorar el territorio como un archivo vivo, ofreciendo una lectura horizontal y simultánea de su reconfiguración continua. Aunque su origen se remonta al uso militar durante la Guerra Fría, el acceso generalizado a estas imágenes en el presente permite invertir su mirada y observar, precisamente, las consecuencias de las operaciones militares sobre un territorio. Esta reorientación tecnológica es una de las herramientas que Forensic Architecture emplea para investigar los patrones militares de destrucción en Gaza. Las imágenes satelitales permiten realizar una suerte de ingeniería inversa, revelando un plan de destrucción destinado a reorganizar el territorio y restringir el movimiento palestino. Mediante la comparación de imágenes satelitales antes y después de la invasión terrestre, se han identificado dos corredores militares estratégicos: el corredor de Netzarim y el corredor de Philadelphi. Estos corredores son

esenciales para entender cómo el avance militar israelí altera la geografía de Gaza con miras a una ocupación a largo plazo. Por ejemplo, el corredor de Netzarim ha dividido Gaza en dos áreas: el sur, donde se concentra la población evacuada, y el norte, bajo un control militar más estricto. Por otro lado, el despeje de terreno para el establecimiento de una zona de seguridad de 1 km de ancho en el este de Gaza ha destruido la mayoría de la infraestructura agrícola. El análisis del NDVI (Índice de Vegetación de Diferencia Normalizada) obtenido a partir de imágenes satelitales permite rastrear la pérdida de cobertura vegetal en la superficie terrestre. El seguimiento mes a mes del NDVI muestra que, en julio de 2024, el 70% de las tierras agrícolas de Gaza habían sido destruidas. [10]

Estas mismas imágenes también muestran concentraciones de personas desplazadas, como en el corredor de Salah al-Din en noviembre de 2023 y en los límites de al-Mawasi, designada como «zona segura» por Israel, en marzo de 2024. Estas capturas, analizadas junto con los testimonios e imágenes compartidas en redes sociales, muestran el establecimiento de puestos de control improvisados. Según los testigos, estos puestos de control no contaban con presencia militar directa en el lugar, sino que eran operados a distancia por soldados armados apostados en las cercanías. El puesto en Netzarim incluía un sistema de vigilancia en el que «se pedía a los desplazados que mostraran sus documentos de identidad y que se sometieran a lo que parecía ser un escáner de reconocimiento facial».[11] De esta manera, el desplazamiento forzado de la población palestina ha servido para la recopilación involuntaria de sus datos biométricos. El uso de reconocimiento facial y la recopilación forzada de datos es una práctica que ya se venía desplegando en

10. En julio de 2025 la destrucción llega al 94%: https://unosat.org/products/4160

11. «Hostilities in the Gaza Strip and Israel | Flash Update #48 [EN/AR/HE] - Occupied Palestinian Territory | ReliefWeb», 24 de noviembre de 2023, https://reliefweb.int/report/occupied-palestinian-territory/hostilities-gaza-strip-and-israel-flash-update-48-enarhe.

Cisjordania, como explica en su texto la activista Marwa Fatafta, con el fin de alimentar programas de inteligencia artificial desplegados por el Ejército israelí.

En *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt describe los campos de concentración nazis como «fábricas de producción masiva de cadáveres».[12] Arendt nos confronta con una verdad incómoda: la maquinaria industrial –esa misma que prometía progreso y desarrollo– podía ser revertida de la noche a la mañana para la muerte. Los trenes que alguna vez transportaron mercancías y pasajeros se convirtieron en vehículos de deportación; las fundidoras que forjaban acero se adaptaron para incinerar cuerpos. La eficiencia industrial, el sello de la modernidad, fue puesta al servicio del exterminio. Junto a las tecnologías industriales, el régimen nazi desplegó una red burocrática con censos, registros y documentos para identificar, clasificar y perseguir a la población judía. Así, el proyecto moderno, que aspiraba a la dominación del mundo a través de la técnica y la organización, se reveló capaz de domesticar la muerte con la misma frialdad con la que había pretendido domesticar la vida. Walter Benjamin, en su célebre tesis sobre la historia, nos advierte que no hay documento de civilización que no sea, al mismo tiempo, un documento de barbarie. La red burocrática del nazismo –censos, registros, archivos– no solo administró la aniquilación, sino que lo hizo con la misma precisión con la que una empresa gestiona su producción. Toda conquista técnica, toda racionalización administrativa, lejos de representar un avance lineal de la humanidad, es también cómplice de su destrucción.

Las técnicas contemporáneas –desde la recopilación masiva de datos hasta las decisiones automatizadas y el uso de inteligencia artificial– están transformando cómo vivimos, pero también cómo entendemos lo que significa ser humano y cómo se asigna valor a la vida. En «Patrones de vida», recogido en la antología, el filósofo Grégoire Chamayou traza una genealogía de las tecnologías de

12. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism,* Londres, Penguin Modern Classics, 2017.

trazabilidad y predicción, investigando su evolución desde el control del movimiento de los trabajadores en las fábricas tayloristas hasta su integración en los ámbitos militares y civiles. El taylorismo descomponía tareas complejas en movimientos simples, eliminando la autonomía de los trabajadores y transfiriendo el control a los gerentes. Esa forma de trazar el movimiento para su optimización se ha convertido hoy en un sistema que vigila, registra y analiza cada aspecto de nuestra existencia. Un ejemplo claro es el uso de nuestros datos de localización. Aplicaciones como Google Maps o Uber recopilan información detallada sobre nuestros movimientos, lo que permite predecir nuestras rutinas. A través del análisis de datos de geolocalización, estas plataformas pueden anticipar nuestros hábitos diarios, como los horarios en que nos desplazamos, las rutas que preferimos o los lugares que frecuentamos.

Estos datos no solo tienen valor comercial, como en la personalización de anuncios o recomendaciones, sino que también abren la puerta a nuevas formas de asignación de valor: definir quién representa un riesgo para la seguridad, influir en decisiones sobre detenciones o deportaciones, o determinar quién puede recibir un crédito. Por ejemplo, la policía de Hong Kong utilizó tecnologías de seguimiento en las protestas de 2019, como cámaras de reconocimiento facial y datos de geolocalización provenientes de teléfonos móviles y redes sociales, para identificar y arrestar a participantes en las protestas. En Estados Unidos, el Gobierno ha adquirido datos de ubicación recopilados de aplicaciones móviles para monitorear los movimientos de migrantes, mediante la compra de información a empresas privadas, y sin orden judicial. Los algoritmos de crédito determinan quién tiene acceso a préstamos y en qué términos, basándose en datos históricos. Estos sistemas amplifican desigualdades existentes, favorecen a quienes ya están en una posición privilegiada y excluyen a quienes no encajan en los parámetros establecidos.

Las tecnologías de trazabilidad se usan cada vez más para identificar patrones de comportamiento y, en particular, los patrones de vida «anormales» o «atípicos», que sirven para clasificar a individuos como potencialmente peligrosos. Como apunta Chamayou,

aquí hay un cambio fundamental en la naturaleza del poder: ya no estamos solo en una sociedad disciplinaria, donde las normas se imponen para regular el comportamiento, ni siquiera en una sociedad de control, donde la vigilancia constante modifica el entorno para gestionar la conducta. Hemos entrado en lo que Chamayou llama una *sociedad de objetivos*, donde la vida queda reducida a patrones de comportamiento identificables, y donde una anomalía es detectada, marcada y convertida en objetivo de intervención. El poder ya no necesita esperar a que alguien cometa un acto subversivo o no pueda pagar un crédito; basta con que el sistema prediga que podría hacerlo. Esto implica un cambio profundo en nuestra agencia y nuestra voluntad política, pues la intervención se justifica no por lo que has hecho, sino por lo que podrías hacer.

La antología concluye con «La fábrica de objetivos», un artículo en el que analizo cómo el Ejército israelí utilizó inteligencia artificial para marcar personas –con nombres y apellidos– como blancos de ataques aéreos en Gaza. Durante la campaña de bombardeos entre el 7 de octubre y el 7 de noviembre de 2023, murieron 10.328 personas, el 70% de las cuales fueron mujeres y niños. El periodista Yuval Abraham expuso el uso de la IA tras entrevistar a militares israelíes, quienes describieron un sistema que genera objetivos «precisos» mediante vigilancia masiva.[13] A través de una reconstrucción contraforense de la campaña aérea, investigo cómo los ataques repetidos a panaderías y zonas residenciales durante la noche –momentos de alta presencia civil– cuestionan la verdadera función del sistema de IA: no como una herramienta de precisión, sino como un mecanismo de justificación legal para masacres. La lógica subyacente de la IA sigue el principio de proporcionalidad del derecho internacional, que «justifica» daños civiles si el objetivo militar se considera de alto valor. Aquí, la ley internacional no funciona como un límite a la violencia, sino como la arquitectura de su economía y el mecanismo de su

13. Yuval Abraham, «"A Mass Assassination Factory": Inside Israel's Calculated Bombing of Gaza», *+972 Magazine*, 30 de noviembre de 2023, https://www.972mag.com/mass-assassination-factory-israel-calculated-bombing-gaza/.

distribución. La IA no solo incorpora este principio legal, lo acelera y lo expande a velocidad computacional. Los sistemas algorítmicos empleados en Gaza no han reducido las víctimas, sino que han servido para acelerar el proceso de matanza y para reclasificar como «anomalía» cualquier forma de autosuficiencia estructural, social o política.

Gaza es el punto de partida desde el cual esta antología atraviesa el tiempo y el territorio para entender el genocidio en el siglo XXI. Es, al mismo tiempo, una exploración de cómo se arman y desarman las narrativas que justifican y sostienen estos actos. A lo largo de estas páginas, se investigan los precedentes históricos, los imaginarios legales y las tecnologías que pueden servir para desmontar el relato hegemónico. Escribo este prólogo en un momento de gran incertidumbre, marcado por la invasión de la ciudad de Gaza por parte del Ejército israelí y la expulsión de un millón de palestinos ya desplazados, con la que Netanyahu parece buscar la consolidación de una presencia permanente en la Franja. Las noticias de nuevas masacres apuntan a la continuidad del exterminio. En paralelo, el regreso de Trump a la presidencia, cuya solución a todo parece ser una fantasía de ladrillo, se traduce en el plan de una ribera de hoteles en Gaza: una idea carente de imaginación que no hace más que prolongar la ocupación israelí bajo otro nombre. Como señalaba al inicio, las narrativas dominantes no se imponen por su veracidad, sino por su capacidad de ocupar ancho de banda. Frente a esta estrategia, es urgente recuperar el espacio para una escucha crítica y la construcción colectiva de sentidos, como forma de reconstituir la verdad desde abajo.

Sin embargo, la continuidad de la violencia ya no pasa desapercibida en todas partes: el presidente Pedro Sánchez habla públicamente de genocidio y anuncia un decreto para legalizar el embargo total de armas a Israel. Un gesto que responde, ante todo, a la presión social. A las movilizaciones masivas que han mantenido a Gaza en el centro de la opinión pública. También al trabajo de investigaciones críticas como la del Centro Delàs, que ha documentado de forma exhaustiva la complicidad del Estado español en las

relaciones armamentísticas con Israel. A las iniciativas transnacionales como el movimiento de boicot, desinversión y sanciones (BDS), que desde hace dos décadas articula una presión económica, cultural y académica contra la ocupación israelí. Y a la flotilla que intenta llevar ayuda humanitaria a Gaza, zarpada desde Barcelona como gesto de solidaridad y desobediencia civil, y que recuerda que la resistencia se juega más allá de los despachos diplomáticos, en el mar, en los cuerpos y en la persistencia de quienes se niegan a aceptar el asedio como normalidad. No hay que olvidar, no obstante, que Sánchez busca diferenciarse en el tablero internacional, y que esta posición solo se sostendrá en el tiempo si se mantiene la presión social.

Ese mismo pulso se juega a escala global. La Corte Internacional de Justicia es uno de los frentes donde se libra una batalla por la narrativa, pero no el único ni el más determinante. El jurista Rabea Eghbariah lanza una pregunta incisiva al corazón del debate: ¿quién tiene la autoridad para determinar que Israel está cometiendo genocidio en Gaza? ¿Acaso es necesario que la CIJ lo declare para que el mundo lo reconozca como tal? La ley no es un oráculo infalible; es un instrumento que cobra significado dentro de los movimientos políticos. El concepto de genocidio no siempre fue parte del derecho internacional. Fue Raphael Lemkin, el jurista judío-polaco, quien acuñó el término y lo definió como un crimen contra la humanidad mucho antes de que fuera reconocido legalmente. Lemkin entendió que la lucha contra el genocidio comenzaba en la conciencia colectiva y en la movilización política, antes de llegar a los tribunales. De manera similar, fue el movimiento global de solidaridad con Palestina quien dio forma al concepto de genocidio en Gaza, quien lo llevó desde los márgenes del discurso político hasta el centro de la arena internacional y quien empujó a Sudáfrica a llevar este caso ante la CIJ. Este proceso no es solo una batalla legal, sino una confrontación política y epistémica. La historia, en última instancia, no es un relato inmutable dictado por los vencedores. Es un campo de fuerzas, un espacio donde los oprimidos hacen de su experiencia el motor de los cambios históricos. En Palestina, y en la

solidaridad global que la acompaña se gesta una nueva forma de pensar, de actuar y de resistir. Porque es en las condiciones más adversas que el pensamiento debe dar un giro.

La palabra «genocidio» no se limita a nombrar una forma de borrado; también abre una disputa por el sentido: por la posibilidad de ver y de hacer visible. Los ensayos en este libro son un intento de reconstruir historias que han sido desplazadas, cuestionando las lógicas que han justificado el genocidio en el pasado para comprenderlo bajo una nueva luz en el presente. Al mismo tiempo, nos invitan a cultivar una sensibilidad crítica frente a las formas en que el conocimiento se produce y circula en el presente digital. Las tecnologías que habitamos –y que nos habitan– prolongan violencias heredadas a la vez que transforman nuestras maneras de sentir, comprender y expresar. Organizan qué memorias se preservan y cuáles se pierden; imponen ritmos, jerarquías y prioridades que condicionan nuestra respuesta ética y política. En este escenario, es posible repensar la verdad como un proceso colaborativo, donde los saberes sensibles y los técnicos se entrelazan para visibilizar lo que el poder omite. En el cruce entre registro y testimonio, entre dígito y afecto, emergen formas situadas de conocer y narrar, que se abren a la experiencia del dolor ante el riesgo de caer en la anestesia emocional. De esta manera, la resistencia es también un acto de creación: la búsqueda de sensibilidades y gramáticas que permitan tejer un sentido crítico y recuperar nuestra capacidad de actuar cuando todo nos empuja a permanecer como espectadores.

Júlia Nueno Guitart